HADRIAN
BAGRATION

Los Símbolos Secretos

edi
UNS

Bagration, Hadrian
Los símbolos secretos. - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2011.
230 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1620-54-8

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 31/08/2011

Editorial de la Universidad Nacional del Sur
www.ediuns.uns.edu.ar
ediuns@uns.edu.ar

Red de Editoriales de Universidades Nacionales

Diagramación interior: Alejandro Banegas
Diseño de tapa: Fabían Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Bahía Blanca, Argentina, agosto 2011.
©2011 Ediuns

Índice

Prólogo 7

Cenotafios 11

La conquista del sur 13
La amistad de Belerofonte 25
Parusía 33
Ítaca, 1983 39
La edad de oro 47
La dama del armiño 53
Dos hermanas 73
Vidas de varones dolientes 79
La anábasis 87
Amores estéticos 91
El sueño de Nadia en Praga 97
Felicidad y decadencia de los inocentes 99
Miércoles de cansancio 103
La gratitud 105
Tres alejandrinos 107
Los amantes 107
Celebración del resarcimiento 108
Sobre *Los soles restantes* 111
La caza del león 121

Correspondencias 135

Té 139
El mar sin orillas 143

La fría pasión 151
En el primer crepúsculo del día 159
Los dolores del agua 163

L´HEURE BLEUE 167

Prólogo

"The Southernmost Point in USA. *Así dice el cartel. Qué horror. ¿Y cómo podría decirse eso en español? Claro, el punto más al sur en los Estados Unidos. Pero no es lo mismo. La frase se alarga, pierde exactitud, eficacia. En español no da la impresión de que se esté en el sitio más al sur de los Estados Unidos, sino en un punto al sur. Sin embargo, en inglés, esa rapidez, ese* Southernmost Point *con esa T levantándose al final nos indica que aquí mismo termina el mundo, que una vez que uno se desprenda de ese* point *y cruce el horizonte no encontrará otra cosa que el mar de los sargazos, el océano tenebroso. Esas T no son letras, son cruces -mira cómo se levantan- que indican claramente que detrás de ellas está la muerte o, lo que es peor, el infierno. Y así es."*

El tosco monumento que provocó hace más de veinte años esta expresión de la poesía del pensamiento en Reinaldo Arenas (y que volcara en su obra *Adiós a Mamá*, y que citara Pío Serrano en el *Abecedario de Reinaldo Arenas*, *Revista Hispano Cubana N° 7, mayo – septiembre de 2000, pp. 145 y 146)* aún se yergue en las costas de Cayo Hueso, más allá de la península de Florida. Podemos suponer con razonable esperanza de éxito que la muerte y el infierno que espantan a Arenas aun desde unas noventa millas de lejanía son una referencia a cierta isla. Arenas emigró con aliviada desesperación a los Estados Unidos en 1980 y murió por hidalga y propia decisión allí una

década después. Su genio, que podía dominar el inglés, idioma que hubiera convenido a su integración, a su difusión y quizás hasta a su empleo, se aferró no obstante al español, que hablaba con ironía y escribía con prodigalidad.

Germán Arciniegas anotó en un ensayo sobre El Quijote que Cervantes, quizás el primer hombre moderno de España que sospechaba que lo era, se movía y hacía mover a su personaje entre la libertad y el miedo en una época en la que ascendía lentamente el sol del mundo secular. No es imposible que Arenas, quien había soportado durante toda su existencia la incertidumbre de ambos extremos, alternara su enamoramiento por ambas lenguas (y es verosímil incluir el francés, idioma que modestamente admitía manipular) como por dos amantes maravillosas y opuestas que no ignoraban que competían por su talento. En el siglo que corre, el español es, seguramente ante el beneplácito de Cervantes, también la lengua de Borges, escritor a quien Arenas admiraba en nombre de todo autor módico o gigantesco que reconozca con razonada ortodoxia la porfiada influencia de la rigurosa maestría que el ciego magnífico ejerce sobre la azorada legión que se entrena a su sombra.

Esta arriesgada colección de relatos ha sido, debo confesarlo, concebida y repudiada y corregida y osadamente consentida en inglés. Ha sido reescrita en esa resurrección monumental del parco latín, el español; la prolija torpeza de su ejecución constituye, claro está, una traducción temblorosa. No falta razón a Juan José Sebreli cuando afirma que toda lectura es, esencialmente, una traducción y que las diferencias entre los idiomas son secundarias. Es lícito agregar entonces que tal vez toda escritura también lo

sea: una conversión a veces infiel de un algo poderoso y profundo, doloroso y feliz que debe traducirse a la galantería y a la limitación que nos imponen las lenguas que nos han tocado en suerte. Goethe repudiaba al idioma alemán como inhábil para toda literatura. Intuyo, enseñado por Borges, quien a su vez amaba tanto al idioma de Goethe, que todo escritor y toda aproximación al hecho de la escritura implican la envidia de desear la frecuentación de otra lengua que de lejos vemos más precisa, a la que atribuimos mayor inteligencia y de la que pensamos que nos serviríamos con mejor elegancia y mordacidad. Es ilusión, pero yo tengo para mí que, como en la *Kabbalah*, algún antiguo rito transmutará cada lengua en un símbolo y que cada símbolo poseerá su secreta variación de la wildeana virtud del encanto.

El lector se sorprenderá hasta el fastidio con la asaz inclemente profusión de temas judíos que puebla este volumen. Llevo al judaísmo en todo lugar, excepto en la sangre; esa carencia es obra de una fatalidad por la que no puedo, en buena fe, ser hallado culpable. Los motivos son varios y vagos: oscilan desde una preferencia personal, una enemistad cuidadosamente cultivada hacia quienes sostienen una visión antagónica, la convicción de que Israel transitó, hasta el inicio de una brevedad que ha durado algo más de sesenta años, *la senda del perdedor* (la más óptima de las traducciones sobrellevadas por el título de una de las obras de Charles Bukowski, *Ham on Rye*, y que sólo rivaliza con su par francesa, *Souvenirs d'un pas grand-chose*, en la superación del original. La contendiente italiana, *Panino al prosciutto*, es demasiado fiel a la primigenia intención de Bukowski; como toda fidelidad, acaba por ser caninamente tediosa); ese camino, que los habitantes de Sión han

padecido desde aun antes de la Diáspora, les condujo a escribir un poema, del cual la mayoría no tuvo noticia ni se supo coautor, y que se adjudica con certidumbre al escritor William Henley, y cuyos versos menos recordados y menos pomposos son un símbolo de la bienhadada altivez hebrea:

Under the bludgeonings of chance
My head is bloody, but unbowed.(*)

Para Reinaldo Arenas, cuyo talento tampoco sufrió genuflexión, la muerte de Borges significó el fin de una manera grandiosa de ver la literatura como la relación entre el escritor y las palabras desnudas, comunicadas en una lengua en particular pero capaces de sobrevivir al necesario acto de la traducción y seguir transmitiendo, aun con impurezas, la fuerza de la creación encerrada en el símbolo secreto. Arenas, con arrogante humildad, continuó esa tradición que llamamos *literatura universal*, y en la que incluía, no a sí mismo, sino a un notable compatriota suyo, Lezama Lima. Desde algún Olimpo nos observan, quizás no del todo descontentos. Nosotros, los mortales, nos esforzamos en habitar, de algún modo, en la memoria de esos dioses propicios.

Hadrian Bagration, Mayo de 2011

(*) Bajo los vapuleos del azar/ Mi cabeza sangra, pero no se inclina.

Cenotafios

"Los antiguos griegos tenían una costumbre digna de mención: a los que hubieran perecido quemados, a los que hubieran sido devorados por los cráteres de los volcanes, a los que hubiesen sido enterrados bajo la lava, a los que las fieras hubiesen despedazado o se los hubieran engullido los tiburones, a los que se hubieran repartido los buitres en los desiertos, se les construía en su patria los llamados cenotafios, las tumbas vacías, porque el cuerpo es el fuego, el agua o la tierra, pero el alma es el alfa y el omega, a ella es a quien hay que construir el santuario..."

Danilo Kis: *Una tumba para Boris Davidovich*

La conquista del sur

"Tomorrow, and tomorrow, and tomorrow..."
Shakespeare: *Macbeth,* Acto 5, Escena 5

En su erudito examen de la incontenible expansión territorial argentina de los siglos XIX y XX, el arqueólogo, historiador y filántropo Dr. Thomas Morell ("The Building of the Argentinian Empire". Vol. III: *The Conquest of the Patagonian Plains*, Charleston: Harrigan Books, 1937) recoge el disciplinado divagar de la pluma del coronel Bernardo Cabral y Farías en su *Memoria del Desierto Austral*, obra que no llegó a completar pero cuyos borradores Morell rescató de entre las agonizantes curiosidades que oculta la Biblioteca Nacional. Braun Menéndez, sin condescender a elogiarlo, lo menciona con respeto en la *Pequeña Historia Patagónica* de 1936 (la mención desaparece en las ediciones posteriores). "*Yo quise emular la prosa de Hudson, que es, a mi juicio, la mejor de entre las cuantiosas que nos han legado los cronistas de la Patagonia*", explica Morell en el prólogo. "*Mucho me temo que el resultado sea sólo un reflejo platónico de la intención*". Lo que sigue es la traducción al español de la barroca traducción al inglés con la que Morell agraciara la llaneza del relato de Cabral y Farías, para exaltar la ignota fama del soldado argentino en los círculos militares de la derrotada Carolina del Sur:

"Desde al alzamiento de Carlos Tejedor no se veía una indiada tan resuelta a regodearse en la ferocidad del

saqueo y la matanza de cristianos. Siete columnas del Ejército Nacional, de unos quinientos hombres cada una, fueron formadas para acabar con la amenaza que suponía el indio provisto de armas, de caballos y de alcohol. Las poblaciones al sur del río Negro, que habían perdido la costumbre de organizar vigilantes defensas para prevenir los malones, fueron completamente sorprendidas. La víspera de Navidad de 1888 se produjo la primera y la peor de las oleadas: un centenar de indios arrasaron la pequeña localidad de San Esteban Mártir, asesinaron a la mitad de la población, incluyendo mujeres y niños, un sacerdote salesiano y la querida gobernanta galesa, Ms Kemsley, tenida en gran estima por los pobladores de la zona por oficiar informalmente de maestra, boticaria y comadrona."

"Los salvajes se retiraron llevando consigo sólo a una cautiva, una desgraciada joven mujer, según contaron los sobrevivientes. Una de las columnas del Ejército halló su cadáver a unas cuantas leguas de San Esteban Mártir. Se comprobó con indignación que había sido violentada, lo que provocó un clamor de justicia y merecidas represalias por esta barbarie cometida contra una inocente. Misteriosamente, junto a su cuerpo sin vida se encontraba el de su captor, que no resultó ser indio sino hombre blanco con lanza, riendas y ropas de indio, vestido a la usanza de un capitanejo. Había sido muerto de un disparo en la cara. Algunos lugareños dijeron conocerlo, incluso uno de ellos había tenido trato comercial con él, puesto que, siempre de acuerdo a éstos, habitaba en Arrendatarios, una población situada siete leguas al sur. Qué accidente de la mente o del alma había movido a aquel desdichado a unirse a los indios insumisos será motivo de eterna perplejidad."

"Casi dos años fueron necesarios para acabar con los grupos dispersos de indios forajidos que asolaban esas regiones."

Anotación del Coronel Bernardo Cabral y Farías del 24 de Agosto de 1899:

"Una cena compartida en el Club Naval y Militar, todavía sito en la calle Cuyo al 1700, me deparó la fortuna de reunirme con un joven mayor, sobrino del general Levalle, por entonces Presidente de la institución, lo cual me permitió enterarme de una anécdota tan curiosa como inverosímil, pero que me veo obligado a relatar en atención a su originalidad y al denuedo con el que llevo a cabo mi tarea de historiador. El sobrino del general, que revistara como teniente en la columna de retaguardia en ocasión de la expedición de castigo luego de la masacre de San Esteban Mártir, me refirió que un tal Osorio, hombre que se desempeñaba como capataz en las tareas de la zafra en Tucumán, con las que se pretendía curar a los indios prisioneros de su bravura, y que había matado a muchos en combate, le había confesado que el último de los malones que afrentaron a nuestra Patria no fue obra de los indios belicosos, que ya habían sido aniquilados, sino de una caterva de renegados blancos al mando de un hombre blanco, quien no sería otro que aquél hallado yaciente al lado de su víctima, con adornos de cacique subalterno. Osorio no recordaba si le habían informado que su nombre era Lázaro Castro, o Cárdenas, o Cáceres, o Carreras, pero sí recordaba que había sido hombre rico y entrado en años, que poseía algunas cabezas de ganado y un almacén en Arrendatarios, también que era buen jinete y había peleado en unos cuantos duelos en donde sus contrincantes

quedaban vivos pero con el rostro marcado. Era tan diestro con nuestras armas como con las del indio. Aproximadamente un año antes de la infame incursión realizó un viaje a Bahía Blanca que se prolongó por varios meses. Cuando regresó lo hizo con algo más de cien hombres, que formaban una chusma harapienta emergida de las cárceles y de los hospicios. Castro (o Cárdenas, o Cáceres, o Carreras, porque la memoria del capataz no se decidía) respondió a los pocos que le preguntaron que aquéllos eran peones que había contratado para vigilar sus campos; decía estar harto de que le desaparecieran animales. Castro (voy a llamarlo así) fue generoso con ellos: los vistió, les curó la piojera y el hambre y los obligó a bañarse una vez a la semana. A dos que tenían el *mal francés* los despidió con regalos y con firmeza; sabía que la sodomía a la inglesa es una inclinación irresistible para el vulgo. De a poco les fue enseñando a montar, a lancear y a disparar a la carrera; instruía a los más listos y les mandaba transmitirles el oficio a los otros. Era obligación llevar todo el tiempo atuendos de indio, incluyendo la ignominiosa desnudez, para que se acostumbraran a ellos como a un uniforme. No podían cortarse el cabello y debían depilarse las cejas con valvas de mejillón; también les ordenó tatuarse el cuerpo, especialmente los antebrazos. Castro era severo, pero no exigía de su tropa lo que él no estaba dispuesto a cumplir; en una ocasión se hizo colocar en el cepo como castigo por haber olvidado atar su zaino al alambrado. Aprendieron a seguir un rastro y a pararse sobre el lomo de sus caballos a otear el horizonte, como hacían los salvajes. Un día antes del ataque los reunió para advertirles dos cosas: que para el fin de esa jornada sabrían infundir temor en sus enemigos usando sus lenguas para ulular durante la carga, como los antiguos germanos, y que podrían tomar todos los frutos

del botín que el pueblo les ofrecería, pero que quien tocara al fruto del vientre de su hija, raptada hacía veinte años por las hordas de Namuncurá y que había dado a luz a una nieta que jamás lo había visto y a quien jamás había acariciado, y que había sido rescatada de la mugre de las tolderías por el arrojo del teniente coronel Freire, pero que vivía ahora bajo otro nombre y otros cuidados, y que cuidaría de otros, no de él, en la enfermedad y la vejez si él no tomaba lo que era suyo por derecho de sangre, ciertamente moriría. Los hombres, que lo respetaban como a un jefe y lo adoraban como a un dios, asintieron con su silencio."

"El mayor Levalle me recordaba varias veces durante su relato que los hechos que lo poblaban eran imaginarios, que Osorio era un hombre rudimentario y dado a la bebida y a la fornicación con indias, con la consiguiente procreación de mestizos abombados y haraganes, de ojos turbios, siempre dispuestos a la rebelión y al robo. Yo percibí un ápice de bonhomía en la rudeza de Osorio, no olvidó describir que Castro esperó la mañana contemplando el retrato de su hija, perdida para siempre en la hostigada migración de una tribu, y murmurando una oración desconfiada que bien podía aludir al Hijo del hombre como al favor que pudiera conferir cualquier falso dios a quienes lo veneran, el de morir sin miedo en la batalla."

"Al oírse pronunciar el Nombre del Salvador, Osorio se había quebrado y había admitido que también él había sido uno de los impostores. Juró no recordar si había matado a alguien, pero el mayor Levalle y yo concluimos que lo abrumaba el suplicio que había azotado a Lady Macbeth, que el áspero roce de sus manos en el sudor de las infelices indias no borrará. La niña había nacido sin nombre; su nueva familia le había dado el de Encarnación, tal vez en

homenaje a la esposa de quien arrebatara los primeros territorios a los indios. Habían aceptado quedarse con ella porque ambos padres se habían mostrado incapaces de engendrar mujeres y porque el estrépito de los varones los fatigaba. Al crecer se convirtió en una mascota servil. Se sabía hija de otros padres, a los que imaginaba poderosos, para entibiar las carencias de su vida en la aldea, que era sólo algo más ordenada y casta que la de tierra adentro. Ignoraba su edad; a lo sumo tendría una veintena de años y casi con seguridad un poco menos. Sus días eran largos, desde la salida hasta la puesta del sol debía trabajar con sus manos librando a los corrales de los restos del alimento y las deposiciones de las ovejas y los caballos. Dormía en un cuarto exiguo con techo de paja en donde anidaban las ratas, que no había que matar por si algún día el río desbordaba y arrastraba a los animales y ahogaba a las cosechas; ese día subirían a los techos para escapar del agua y devorarían a las ratas, en silencio, cabizbajos, como avergonzados los unos de los otros."

"Encarnación no lo sabía, pero había heredado los ojos celestes de su abuelo, que había sido soldado en Galicia. Había combatido en la Guerra Carlista en el bando del Infante de Borbón, a quien consideraba su soberano, pero cuando durante una discusión oyó que un sargento de su batallón llamaba *ramera* a Isabel, que disputaba el trono a su hermano el Infante, mató de un sablazo al ofensor y debió huir a América para no morir engarrotado. Prosperó como comerciante en cueros y armas para con los chilenos y los indios, para con los indios y el Gobierno Nacional, para con los chilenos y el Imperio del Brasil y para con indios que guerreaban contra indios. Los tutores de Encarnación no sabían cómo tratarla. La vida en la frontera era de una

morosidad atroz; allí los sentimientos se entumecían como los tallos a medio crecer que el viento y el polvo de la aridez de la pampa secaban los primeros días de cada otoño. Yo mismo me endurecí viendo morir a infieles y a cristianos; ahora descubro que escribir sobre esa niña me ha devuelto, al menos en parte, a la agradecida realidad de existir en Buenos Aires."

"Osorio vio avanzar la mañana desde su catre. Lo esperaba un día como cualquier otro, sólo que quizás en este vería, una vez más, la sangre ajena o la propia derramándose sobre los pastos. Castro los esperaba en la llanura. Una falsa centuria de falsos guerreros *gennakenk* (así se llamaban a sí mismos los tehuelches septentrionales) rumbeó en dirección al norte. Durante el camino uno de los hombres, más bien joven, trotó hasta la vanguardia para confesarle a Castro que sentía temor de lo que iban a hacer. Castro lo miró duramente y el hombre continuó su marcha sin proferir palabra. Hacia la siesta distinguieron la sinuosidad del río y las casas bajas y adormecidas del pueblo. Lázaro Castro repitió la interdicción de arremeter contra cualquier mujer joven, para desquitarse tenían a las ancianas y a las que no conocían el estro."

"La plomiza grisura del cielo de la víspera de Navidad había presagiado una siesta lluviosa. No sucedió, pero el calor pegajoso que había encerrado a la gente de San Esteban Mártir en la humildad de sus taperas era mitigado por el fresco del viento que soplaba desde abajo. Al principio creyeron que finalmente había comenzado la tormenta, después se sorprendieron cuando el trueno que el viento hacía estallar contra sus paredes no cesó. Alguien gritó que la tierra temblaba. La multitud de ratas abandonó sus nidos en los techos y huyó, así se salvaron de perecer en

el fuego o bajo los cascos de los caballos. Sólo unos pocos se defendieron, a éstos los mataron a lanzazos o les rompieron la cabeza con boleadoras potreras para reprocharles el hacerles perder el tiempo. Osorio irrumpió en una casa que tenía en la puerta pintada una cruz. Un hombre y una mujer se abrazaban desnudos y atónitos, quizás habían estado haciendo el amor. Osorio recordó que había sido golpeado e insultado y abofeteado y hecho arrodillar sobre filosos granos de maíz cuando era niño por una mujer con una giba enorme como una media luna, una monja. Puso una daga en la garganta de Ms Kemsley y la degolló. El sacerdote Giovanni Tesei, sobrino nieto del maestro de canto de Rossini, quien era amante de la mujer, también se dejó rajar el cuello sin resistencia. En el fragor, Castro buscó y encontró a Encarnación, que se arrastraba en la inmundicia de los corrales para sobrevivir. En su choza sus guardianes yacían muertos a tiros. Castro no se contuvo y le mandó en español (idioma que había prohibido a sus hombres utilizar, bajo pena de muerte, todo el tiempo que durase la escena; a falta de otro, sus fieles se resignaron a ejecutar con mudez la matanza) que se detuviera. Encarnación se volvió para verlo y obedeció; se miraron a los ojos y Castro sintió la inefable felicidad de barruntar que, por virtud del milagro de la sangre de España, lo reconocía. Ella se dejó recoger mansamente y Castro la colocó con suavidad sobre la cruz de su caballo. Entonces partió galopando del pueblo ya destrozado. Sus hombres lo siguieron, levemente enriquecidos con las modestas posesiones de los muertos. Todo habría durado, a lo más, media hora."

"Para los del pueblo, el malón había sido un trueno arrasando la llanura. Ahora Castro y su ejército eran un relámpago deslizándose hacia el sur y su guarida en los

campos de pastos altos de Arrendatarios. Había prometido que una gran pira destruiría las pruebas de de los crímenes y que una gran celebración y un poco de dinero los tornaría ebrios y satisfechos. Castro había olvidado la hoguera y la sangre y el torpe alarido que su tropa no había sabido representar; en su mente sólo resonaba la gloria de las batallas de la lejana España que narraría a ese pedazo de su hija que sostenía sobre la cruz de su caballo mañana, y mañana, y mañana. No advirtió que otro jinete se le ponía a la par y, a la carrera, como él les había enseñado a disparar, sacaba de entre los pliegues de su túnica de cuero de guanaco un revólver."

"Como en una visión o en un sueño, Lázaro Castro vio al hombre, que no contaría con más años que su nieta, alzar el arma hacia su rostro. Reconoció en él al que había venido a pedir permiso para desertar; sólo entonces dedujo que lo había hecho para fingir que era cobarde e incapaz de atacarlo. Lo vio mover sus labios, y detrás del sonido del escándalo de la huida, oyó que hablaba de su padre, un hombre al que Castro había provocado a un duelo para marcarle el lado izquierdo de la cara desde la sien hasta la barbilla por alguna razón que no sobrevivió en la memoria de Osorio. El hijo había visto al padre apagarse como una llovizna merced al desprecio de su mujer, que no lo rechazaba en el tálamo porque la herida le afeaba la cara, sino porque no había prevalecido en el entrevero ni estaba muerto. La insignia que llevaba no era la del valor, sino la del perdedor. Una tarde se sentó frente a un espejo, se tajeó la cara del lado derecho, para que su fealdad fuese simétrica, y se suicidó, Osorio no nos dice cómo. El hijo había buscado a Castro para vengarse, y Castro, a su vez, lo había buscado y elegido a él, y a tantos otros, para lo mismo. La bala le

atravesó el pómulo izquierdo y el español Lázaro Castro, que venía de conquistar para la memoria de su hija y el porvenir de su nieta una diminuta parte del sur, murió. El disparo aturdió al zaino que montaba y el animal se desplomó sobre un costado. Cuando con esfuerzo se incorporó, Encarnación quedó acurrucada en la llanura con el cuello roto."

"El muchacho huyó, aunque nadie se preocupó en perseguirlo. Los hombres de la tropa se acercaron a los cuerpos. Tras un momento de vacilación, el rencor por los meses de órdenes y agua helada y cepos y golpes de rebenque y extenuación y el envilecimiento de la masacre los enloquecieron. Se apearon, patearon y escupieron y maldijeron al cadáver de Castro, que era ahora sólo un ídolo caído, y algunos profanaron el de su nieta. Otros sentaron al cuerpo exangüe de Castro y le abrieron los párpados, para que no perdiera detalle de la violencia. Osorio quiso intervenir, pero lo golpearon y lo amenazaron con sus armas. Montó y regresó a toda carrera a los restos de San Esteban Mártir, donde sabía que no encontraría a nadie. Se quitó las ropas de indio, a las que quemó, y se vistió de hombre. Para hacerse pasar por víctima se hirió en la cabeza y en el pecho. Cuando le preguntaron por qué llevaba las cejas depiladas con valvas de mejillón y tenía tatuajes en el antebrazo, como los indios asesinos, titubeó. Dijo que había sido cautivo y que lo habían obligado a ir con ellos a contemplar la incursión. Como era cristiano y blanco, le creyeron."

"El grueso de esa gente de mal vivir se dedicó al bandidaje y a la rapiña; la vida no les había enseñado otro oficio y Castro los había perfeccionado en el arte. Desertores, criminales, vagos, beodos, sodomitas, se organizaron en bandas de veinte o treinta desalmados que durante meses

asolaron los pueblitos y la caravanas al sur del río Negro, hasta que la paciente y arriesgada labor del Gobierno Nacional los exterminó."

"La historia es increíble y no puede ser probada, pero hay en ella algo de destino y de tragedia y de hazañas malvadas que se influyen unas a otras y que se unen como los eslabones de una cadena, y que quizás otorguen pizcas de realidad a la enclenque memoria y melancolía de un borracho cuyos hijos odian tanto que realizan el acto de la micción sobre él cuando la ginebra y el calor lo tumban y se queda dormido en cualquier parte. Al despertar, con esa mansedumbre opa que el trato con el indio contagia, va a cambiarse la camisa y llama a esa breve ceremonia "*vestirse de hombre*". "

"Osorio cuenta a quienes le pagan un vaso más de vino que en San Esteban Mártir todos entendían que Encarnación sabía de Lázaro Castro, que no ignoraba que era hombre rico, que poseía ganado y un almacén y comerciaba en cueros y en armas con todos los reinos circundantes, que estaba harta de limpiar la escoria de los animales y de hacer de sirvienta de esos extraños que la retenían, y que había elegido esa Navidad de 1888 para ir a lomo de burro hacia el sur, hacia Arrendatarios, para ofrecerse, virgen y en el apogeo de su belleza, con el desenfado que concede la urgencia de huir de la miseria, a ese hombre mucho mayor que hubiera podido ser su padre y hasta su abuelo."